

## **DISCURSO DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA PROMOCIONADA POR LOS MISIONEROS DE SAN CARLOS (ESCALABRINIANOS)**

Sala del Consistorio, sábado 14 de octubre de 2023

Queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos! Os saludo a todos, encantado de encontraros al final del Congreso sobre la espiritualidad scalabriniana. Habéis reflexionado sobre el versículo bíblico: “Vengo a reunir a todas las naciones y lenguas” (Is 66,18), tema muy significativo para vuestro carisma. En efecto, san Juan Bautista Scalabrini, que os fundó como misioneros de los migrantes, os enseñó, cuidándolos, a consideraros hermanos y hermanas, caminando hacia la unidad, según las sentidas palabras de la oración sacerdotal de Jesús (cf. Jn 17). :20-23).

Seamos claros: migrar no es una agradable peregrinación en comunión; a menudo es una prueba dura. Y, así como toda persona tiene derecho a migrar, también tiene derecho a poder permanecer en su propia tierra y vivir allí en paz y dignidad. Sin embargo, la tragedia de las migraciones forzadas causadas por las guerras, el hambre, la pobreza y las dificultades ambientales está hoy a la vista de todos. Y aquí es precisamente donde entra en juego tu espiritualidad: ¿cómo dispones tu corazón hacia estos hermanos y hermanas? ¿Con el apoyo de qué camino espiritual?

Scalabrini nos ayuda, precisamente mirando a los misioneros de los migrantes como cooperadores del Espíritu Santo para la unidad. La suya es una visión ilustrada y original del fenómeno migratorio, visto como una llamada a crear comunión en la caridad. Cuando todavía era un joven párroco, cuenta que se encontró, en la estación central de Milán, frente a una masa de inmigrantes italianos que partían hacia América. Relata haber visto “trescientos o cuatrocientos individuos mal vestidos, divididos en diferentes grupos. En sus rostros [...] surcados por las arrugas prematuras que les imprimen las privaciones, era visible la agitación de los afectos que agitaban sus corazones en ese momento. [...] Eran emigrantes [...] Se disponían a abandonar su patria” (L'emigrazione italiana in America, 1888). Desafortunadamente, estas imágenes también nos resultan familiares. Y el Santo, impactado por aquella gran miseria, comprendió que allí había para él un signo de Dios: el llamado a ayudar material y espiritualmente a aquellas personas, para que ninguno de ellos, abandonado a sí mismo, se perdiera, perdiera la fe. ; para que pudieran venir, como dice el profeta Isaías, al monte santo de Jerusalén "de todas las naciones como ofrenda al Señor, en caballos, en carros, en literas, en mulos y en dromedarios" ( 66:20). Caballos, carros, palanquetas, mulas y dromedarios, a los que hoy podríamos sumar barcos, TIR y embarcaciones apenas aptas para navegar; pero el destino sigue siendo el mismo: Jerusalén, ciudad de la paz (cf. Sal 122, 3-9), la Iglesia, patria de todos los pueblos (cf. Is 56, 7), donde la vida de cada uno es sagrada y preciosa. . Sí, para Scalabrini esta Jerusalén es la Iglesia católica, es decir, universal; y lo es porque es “madre”, porque es una ciudad abierta a todo aquel que busca un hogar y un puerto seguro.

Y aquí hay un primer llamado a nosotros, a cultivar corazones ricos en catolicidad, es decir, deseosos de universalidad y unidad, de encuentro y comunión. Es la invitación a difundir una mentalidad de proximidad - “proximidad”, esta palabra clave, es el estilo de Dios, que siempre se hace cercano - una espiritualidad, una mentalidad de atención y acogida, y a hacer “la civilización del amor”. crecer en el mundo, en palabras de San Pablo VI (Homilía en el rito solemne de clausura del Año Santo, 25 de diciembre de 1975). Sin embargo, sería un tanto utópico afirmar que todo esto puede lograrse únicamente con fuerzas humanas. Se trata más bien de cooperar a la acción del Espíritu, y por tanto de actuar en la historia bajo la guía y con la energía que viene de Dios: de dejarnos conquistar por su infinita ternura para sentir y actuar según a sus caminos, que no siempre son los nuestros (cf. Is 55,8), a reconocerlo en el extraño (cf. Mt 25,35) y a encontrar en él la fuerza para amar libremente. El extraño. No olvidemos estas tres palabras del Antiguo Testamento: la viuda, el huérfano y el extranjero. Y esto es algo importante en el Antiguo Testamento: el extraño.

Y he aquí el segundo llamamiento que nos hace el obispo santo de Piacenza, cuando insiste en la necesidad de que el misionero tenga una relación de amor con Jesús, el Hijo de Dios encarnado, y la cultive especialmente a través de la Eucaristía, celebrada y adorado. Destaco esta palabra "adorado". Creo que hemos perdido el sentido de adoración. Y tenemos oraciones para hacer algo o... oraciones hermosas, pero... en silencio, adorando. La mentalidad moderna nos ha quitado un poco este sentido de adoración. Redescúbrelo, por favor, redescúbrelo.

Sabemos cuánto amaba Scalabrini la Adoración, a la que se dedicaba incluso de noche, a pesar del cansancio de su agotadora agenda de trabajo, y a la que no renunciaba durante el día, ni siquiera en sus momentos de mayor actividad. No se hacía ilusiones: ¡sin oración no hay misión! Dijo: "[No] os dejéis llevar por cierto deseo loco de ayudar a los demás, descuidándoos de vosotros mismos [...]. Es justo que os hagáis todas las cosas para todos los hombres; pero [...] Acordaos de los Ángeles que en la Escalera de Jacob ascendieron a Dios y descendieron a la tierra [...]. Porque también vosotros sois Ángeles del Señor" (Discurso final al Sínodo diocesano de Piacenza, 4 de septiembre de 1879). Es indispensable entonces saber descender a la tierra, ser "ángeles de abajo", cerca de los últimos: no es casualidad que la escalera de Jacob (cf. Gn 28, 10-22) esté representada en el centro de la obra de Scalabrini. escudo episcopal.

Por eso, queridas hermanas, queridos hermanos, os invitamos a renovar vuestro compromiso con los migrantes y a enraizarlo cada vez más en una intensa vida espiritual, siguiendo el ejemplo de vuestro Fundador. Además de esto, quiero darles las gracias, muchas gracias por el gran trabajo que realizan en todo el mundo. Desde los tiempos de Buenos Aires soy testigo de este trabajo, y tú lo haces muy bien. ¡Gracias, muchas gracias! Sigue adelante, Dios te bendiga. Y reza. ¡Y también orad por mí, porque esta "profesión" no es fácil!